

GUY DE MAUPASSANT

***El centenario de  
Maupassant,  
O  
Nadie es profeta en su  
tierra***

“USO EXCLUSIVO VITANET,  
BIBLIOTECA VIRTUAL, 2003”

## EL CENTENARIO DE MAUPASSANT, O NADIE ES PROFETA EN SU TIERRA

Parecerá incongruente haber llegado desde tan lejos, cruzando mares, cordilleras, pampas, ríos, selvas, para conocer España y, al otro día de Madrid, frente al Museo del Prado, camino de la Puerta del Sol, sentirse atraído, o mejor, fascinado por un número de "Les Nouvelles Littéraires" en que se habla sobre Guy de Maupassant.

Pero así es.

Y no alegaremos de excusa el estar Madrid vacío, aunque, a ciertas horas, impide transitar la multitud que llena las calles y forma en las esquinas unas especies de curiosas contradanzas al compás de un silbato agudo que un guardia de casco blanco imparte desde la calzada, con imperiosos signos de director de orquesta.

No- En cualquier sitio y cualquiera estación la encuesta póstuma: ¿Qué piensa Ud. de Maupassant?" se habría llevado nuestra preferencia, máxime estando tan bien hecha como ésta. Un detalle permite calcularlo: para explicar la presencia de algunas opiniones dadas por muertos ilustres, una nota advierte que la investigación empezó, para 1950, el año 1938.

Así considera este género el alto periodismo literario francés.

Luego ¡qué de lecciones, cuántos motivos de reflexión, también de tristeza para un lector antiguo y admirador recalcitrante, aunque no integral, del escritor!

Se le somete aquí a un verdadero juicio de residencia.

Primero opinan dieciséis franceses, no sólo compatriotas, sino algunos de ellos coterráneos, normandos, íntimamente conocedores de Maupassant: Valéry, Claudel, León Daudet, Roger Martin du Gard, André Gide, Monrherland, Duhamel, Maurois, Dorgelés, Paulban, Lefebvre, Drieu La Rochelle, Blaise Cendrars, Georges Simenon, Robert Merle y Jean-Louis Curtis. O sea, todas las escuelas, tendencias, épocas y generaciones contemporáneas.

¿Y qué dicen?

Todos, por algún lado, lo condenan, ninguno lo admira sin

restricciones y mientras los menos famosos demuestran por él casi diríamos cierta compasión, se adviene entre los más célebres y más viejos, los más refinados y “actuales”, un desdén que llega a la negación absoluta, lindante con el silencio,

Por ejemplo, Paul Claudel:

—No siento ninguna clase de interés por Guy de Maupassant.

Nada más. Y Paul Valéry:

—No soy novelista ni crítico: he leído poco a Maupassant y ese poco lo leí hace ay! mucho tiempo. Por lo demás, le confesaré que no soy gran lector y que me falta tiempo —y tal vez deseos— de leer novelas.

A buen entendedor...

Más explícito se demuestra León Daudet:

—Maupassant no ocupa un gran puesto en la literatura francesa, que desconocía. Es un buen discípulo de Flaubert y escribió cosas bellas. Era flagrante su falta de cultura y su talento era mediocre; como Loti, estaba lleno de ridiculeces. Casi nunca lo recuerdo y esto le sucede a la mayoría de mis contemporáneos cultos.

André Gide “abre un poco el compás”, como habría dicho Sainte-Beuve. Reconoce que ‘Bola de Sebo’ es una obra maestra, afirma que ha ejercido influencia grande sobre eminentes extranjeros y que en Alemania e Inglaterra lo estiman aun más que en Francia; pero no lo puede considerar maestro por su total ausencia de personalidad, de ‘mensaje’, porque no era un pensador original sino lo que él, por lo demás, pretendió: un excelente obrero de las letras.

Montherlant apenas lo conoce de nombre, un poco, y dice que la admiración de los extranjeros por Maupassant provoca en Francia cierta sonrisa. Una anécdota referida por Duhamel lo confirma. Dice que 20 años ha, durante una reunión del Pen Club a la que asistían Pirandello, Unamuno, James Joyce, el novelista nórdico Bojer felicitó a Francia por sus admirables narradores. Citó a Guy de Maupassant. Sorpresa y sonrisa al fondo de la sala, entre los escritores jóvenes. Cuanto a él mismo, Duhamel reacciona contra esa actitud y recuerda que gran parte de la literatura novelesca, en especial de la literatura novelesca americana, procede de Maupassant: la juventud francesa lo ignora y debería saberlo.

Abreviemos.

Los demás le reconocen importancia, algunos lo buscan, otros lo defienden, aunque sin convicción; la mayoría, la absoluta mayoría, lo rebaja de un modo aplastante.

¡Qué diferencia cuando salimos de Francia!

Otros dieciséis autores, repartidos entre ocho países: Inglaterra, Alemania, Italia, EE.UU., Suecia, Noruega, Finlandia, Islandia, dan, en conjunto y en detalle, una imagen de Maupassant inmensamente superior.

Algunos ingleses le ponen objeciones, como Huxley, Priestley, Hilton, pero siempre en tono muy distinto al de los franceses. En cambio, en Alemania, Thomas Mann dice rotundamente:

—Considero la obra de este francés inmortal en el verdadero sentido de la palabra Y estoy seguro de que, durante los siglos venideros, será considerado en la literatura mundial como uno de los más grandes maestros de “la nouvelle” (cuento largo).

He ahí algo explícito.

Stefan Zweig, que mide la intensidad de la impresión que un autor le causa por la nitidez con que recuerda sus personajes y escenas, dice que nadie se los graba como Maupassant; su genio consiste en evitar lo superfluo, no desmayar nunca, no ser nunca aburridor, impreciso, palabrero. “Con las tres cuartas partes de sus cuentos. otros habrían hecho novelas, estirando las descripciones y añadiéndoles una mediocre filosofía. Pero Maupassant posee un sentido de la medida casi sobrenatural. Con diez rasgos crea un tipo... Cada una de sus líneas es concisa e inmutable... Creo, estoy seguro de que resucitará”.

Benedetto Croce, por su parte, reprocha a la crítica y a la historia de la literatura francesa la postergación que inflige a Maupassant, considerándolo uno de los muchos “chroniqueurs” agradables: ‘Tierno, desesperado, amargo. comprensivo. gozoso. las criaturas de sus relatos personifican estos sentimientos; toman cuerpo y figura, se mueven, gesticulan, todo ello sin esfuerzo ni jactancia, del modo más conmovedor y simple.’

Ya sabemos el parecer de Bojer. El gran noruego expresa que Maupassant pertenece a todos los tiempos y es, a su juicio, el mayor prosista de Francia, superior, incluso, a Flaubert. su maestro.

Esta opinión la corrobora Gunnar Gunnarsson desde Finlandia:

—He leído —dice— toda la obra de Maupassant y la mayoría de sus libros varias veces. Continúo releyendo muchos de ellos, por lo menos cada diez años, en una traducción danesa. Lo creo uno de los más grandes cuentistas del mundo, acaso el más grande.

¿Para qué seguir?

Si no hubiera otras, sobrarían estas premisas para la eterna conclusión de que la crítica literaria nada tiene de común con las matemáticas, con la fisiología ni con ninguna ciencia natural más o menos exacta. La crítica literaria ha sido, es y, hasta nueva orden, será un género poético, un arte, una manera que tienen los críticos de manifestar su personalidad y decir sus sentimientos a propósito de los autores, en vez de hacer como los poetas o los novelistas que se confiesan con el público a propósito de las personas o de los paisajes que han visto o que han imaginado. Nada más.

Véase el torneo alrededor de Maupassant.

Nadie niega la excelsitud de Claudel. Algunos podrán aburrirse con sus cantinelas y hallarlas monótonas, otros lo admirarán por esnobismo, para no quedarse atrás; pero deque el hombre es poeta, y gran poeta, ninguna duda cabe. Pues bien, según él, Maupassant no existe. En cambio el autor de la Montaña Mágica lo considera un maestro inmortal en el verdadero sentido de la palabra”. Tampoco pueden discutirse la amplitud, el poder de comprensión ni la sensibilidad de André Gide, dorado además de otras virtudes, como el valor, la franqueza, etc. ¿Qué le reprocha a Maupassant? La falta de mensaje y de secreto, el hablarles a todos en general. a nadie en particular. No es la opinión de Benedetto Croce, el gran filósofo italiano. Según él, Maupassant supera a muchos escritores tenidos en más por el público francés y por la crítica; añade, como para replicarle a Gide: ‘Lo amé mucho cuando joven y hoy temo releerlo, porque, en la ruidosa brutalidad de los tiempos, me parecería casi profanar la dolorosa ternura de las confesiones que nos ha entregado...’

Cuando Maupassant apareció en las letras, Lamaitre refiere que, viéndolo tan robusto, rojo, con cuello de toro, aficionado a remar y sin el menor aire de escritor, pensó: Hum, tendrás que esperar para que te lea. “Je’étais bére” —agrega—, “yo era estúpido: tenía mis ideas sobre el físico de los literatos”. Después, con admiración, con deleite, se desengañó. Nos parece que a muchos de los

opinantes sobre el gran cuentista les ha de ocurrir un fenómeno análogo. ‘Ilis son bêtes .....’ Y que algunos, por lo menos, con los años, también se desengañaran

Porque así como él no tenía aire literario en su persona, su prosa carece de apresto, de sabiduría visible, de cultura exhibida, a flor de piel. Sufre el divino defecto que el Arzobispo de Granada le enrostró a su secretario: “Gil Blas, escribes bien, pero tu estilo es demasiado sencillo”. La gente se siente como honrada cuando admira cosas oscuras y que ¡laman complejas, aunque no les gusten y preferirían, en el fondo, algo claro.

Por nuestra parte, tras haber admirado profundamente, sin restricciones, con pasión e idolatría, la obra de Maupassant, de haberla leído, releído, declamado, traducido, casi aprendido de memoria, debemos reconocer que, más tarde, no ha mucho, sus novelas del último tiempo, es decir: “Nuestro Corazón”, “El Buen Mozo”, “Mont Oriol”, “Fuerte como la Muerte”, nos decepcionaron, nos parecieron débiles, pasadas de moda, con el sello de la época, como los trajes o los muebles. No, así las novelas cortas ni los cuentos, tampoco “Pedro y Juan”, que es imperecedero. Allí Maupassant conserva su vigor y su virtud reconfortante, hace bienal espíritu y, diríamos, al cuerpo, entona la mente y la ordena, restablece la salud. En el desequilibrio de la época, su personalidad sólida, cuadrada, central, robusta, con límites bien definidos, sin más allá ni más acá, nos parece inapreciable y la recomendamos a los que empiezan y buscan maestros.

Claro, siempre se puede abrumar a un artista echándole encima otro mayor o simplemente distinto; pero la superioridad de un Proust como psicólogo, como pintor, retratista o analista de la alta sociedad, no debe hacernos desdeñar a los que pisaron ese terreno con pie menos seguro y resbalaron allí y hasta cayeron estrepitosamente. Hay quienes no soportan a Proust. Está bien. Lo sentimos por ellos. Otros no toleran a Maupassant y aman a Joyce. Perfectamente. La casa de mi padre tiene muchas habitaciones. En la viña del Señor hay de todo. El buen catador, como el buen crítico, es el que excluye menos, el que se embriaga mejor con toda clase de vinos.

ALONE

Madrid, 12 de agosto de 1950.